

MICHAEL WALSH



*Siempre
nos quedará*

PARÍS



LA INOLVIDABLE HISTORIA
DE CASABLANCA CONTINÚA

—No, Richard, no... Anoche dijimos...

—Anoche dijimos muchas cosas... Si ese avión sale y tú no vas con él lo lamentarás... Tal vez hoy no, puede que mañana tampoco, pero sucederá algún día.

La película mas romántica y entrañable de todos los tiempos acaba en el aeropuerto de Casablanca, justo donde empieza esta novela...

Siempre nos quedará París retoma la historia de Rick, Ilsa, Victor, Louis y Sam, los personajes de *Casablanca*, y a lo largo de una trama de aventuras e intrigas no sólo nos descubre lo que sucedió después de que Ilsa y Victor Laszlo partieran de Casablanca, sino que nos propone un fascinante viaje al pasado de estos personajes inolvidables, un viaje que responde a todas las preguntas que siempre quisimos formular...

¿Consiguen Victor e Ilsa llegar a América? ¿Se unen Rick y Louis a la guarnición francesa de Brazzaville? ¿Cómo conoció Rick a Sam? Y todavía más importante: ¿volverán a reunirse algún día Rick e Ilsa?

De la tórrida Casablanca al Londres bombardeado y las peligrosas calles de la Praga ocupada, *Siempre nos quedará París* nos hace participar vívidamente del cautivador desenlace de un amor imposible. Sin duda es la historia que todos esperábamos desde 1943.

A Kathleen, Alexandra y Clare

PREFACIO

NOTICIARIO MOVIEZONE
DEL 7 DE DICIEMBRE DE 1941

(música militar)

«¡EUROPA SE TAMBALEA ANTE LOS HUNOS!
¡LOS BRITÁNICOS SE ESCONDEN EN REFUGIOS
BAJO EL BOMBARDEO!
HITLER CON EL MUNDO A SUS PIES.
¿HAY ALGUIEN CAPAZ DE DETENERLO?»

(voz en off)

«¡Guerra! Desde el Sahara a las estepas de Asia central, Europa está en llamas. Las legiones de Adolf Hitler, dirigidas desde Berlín, han invadido Polonia, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos y Francia, se han adentrado en la Unión Soviética y se han apoderado de la franja superior de África del norte. Las tropas de la Wehrmacht bombardean Moscú y desfilan por los Campos Elíseos, mientras la Luftwaffe bombardea los muelles de Londres y los mortíferos submarinos nazis convierten en un cementerio las rutas marítimas del Atlántico norte.

»Europa, en su agonía, dirige la vista al cielo con una pregunta en los labios: ¿alguien será capaz de detener a los alemanes?

»Hay hombres y mujeres valientes que lo intentan. Por toda la Europa ocupada han surgido movimientos de resistencia. Desde su cuartel general de Brazzaville, el general

Charles de Gaulle dirige una acción de retaguardia contra la bestia nazi en *la belle France*. A pesar de los bombarderos de Goering, los patriotas checos y noruegos se han reagrupado en Londres y planean violentas represalias contra los usurpadores de sus patrias. La resistencia crece a diario, bien a través de la acción política, bien del sabotaje.

»Pero la marcha de la Wehrmacht por el continente europeo, una marcha que parece inexorable, ha supuesto el desplazamiento de millones de personas. Así, se ha formado una ruta de la resistencia: de París a Marsella, a través del Mediterráneo a Orán, luego en tren, o en coche, o a pie, bordeando la ribera de África, a Casablanca, en el Marruecos francés.

»¡Casablanca! Un nombre que evoca de por sí magia y misterio. Un lugar asolado por el viento, atrapado entre mar y desierto, donde sucede a diario lo más inesperado. Donde los hombres se venden como si fueran ganado. Donde el oro es barato, las joyas mera quincalla, y lo único valioso un visado de salida. Donde el avión a Lisboa es una deidad menor, y el clíper a América el mismísimo Dios. Un lugar donde reina la desesperación e impera la incertidumbre; donde echar los dados (o levantar una carta, o hacer girar la ruleta) puede decidir la vida y la muerte. Un lugar donde el español convive con el francés, el ruso bebe con el inglés y el norteamericano expatriado compite en ingenio con el alemán. Casablanca, que sopesa en la palma de su mano la vida de cada persona y sólo hace una pregunta: ¿qué precio tiene para ti?

»A salvo entre dos anchos océanos, Estados Unidos sigue ejerciendo de espectador neutral. ¿Hasta cuándo?

»Casey Robinson informando desde Casablanca.»

(se oye sintonizar la emisora de la policía francesa)

«20.00 horas. ¡Atención, atención! A todos los agentes: el líder resistente checo Victor Laszlo, buscado por la Ges-

tapo por delitos contra el Tercer Reich, ha huido a bordo del avión de Lisboa. Utiliza los salvoconductos robados a los correos alemanes asesinados hace tres días en el tren procedente de Orán.

»20.10 horas. ¡Atención, atención! ¡Alguien ha disparado contra el mayor Heinrich Strasser, de la Gestapo, en el aeropuerto de Casablanca! Detengan a todos los sospechosos por orden del capitán Louis Renault, prefecto de policía.

»20.25 horas. A todas las unidades: el mayor Strasser ha muerto de camino al hospital a consecuencia de sus heridas. Adelante, capitán Renault. Llamando al capitán Renault. ¿Dónde está usted, capitán?

»20.35 horas. Alerta a todas las unidades: Louis Renault ha desaparecido. Ha sido visto por última vez en compañía de Richard Blaine, propietario del Rick's Café Américain. Podría haber sido víctima de una emboscada. Arresten de inmediato al señor Blaine. Va armado y es muy peligroso. ¡Cuidado con él!

»20.45 horas. Alerta a todas las unidades: se ha visto al capitán Renault caminando por las inmediaciones del aeropuerto con Rick Blaine. Deben ser detenidos de inmediato. Es posible que se dirijan a la plaza libre francesa de Brazzaville. Bloqueen cuanto antes todas las carreteras que vayan al sur.

»20.46 horas. Atención, atención: el cónsul alemán, herr Heinze, informa que la Gestapo ha enviado a sus agentes a interceptar a los fugitivos. Los alemanes se hacen cargo de todo. Fin del comunicado.»

(deja de oírse la radio)

**FUNDIDO:
DE NOCHE EN EL AEROPUERTO
DE CASABLANCA**

Capítulo 1

EL avión de Lisboa ascendió en el firmamento nocturno, dejando atrás el denso torbellino de niebla de Casablanca. El aeropuerto estaba sumido en la oscuridad norteafricana, sin más luz que la del faro giratorio colocado en lo alto de la torre de control. La noche se había tragado las sirenas de los coches patrulla de la policía colonial francesa. Sólo se oía el sibilar del viento.

Dos hombres caminaban juntos, casi perdidos en la niebla. Su meta: un futuro incierto, lejos del aeropuerto y la ciudad.

—... de una hermosa amistad —dijo Richard Blaine, dando una calada a su cigarrillo.

Llevaba el sombrero calado y ceñido el cinturón de su gabardina. Hacía años que no se notaba tan tranquilo. A decir verdad le costaba recordar otro momento en que se hubiera sentido igual de seguro de lo que había hecho y estaba a punto de hacer.

El hombre bajo que lo acompañaba asintió con la cabeza.

—Bien, amigo mío, Victor Laszlo e Ilsa Lund se dirigen a Lisboa —dijo Louis Renault—. Debería haber sospechado que mezclaría usted su recién descubierto patriotismo con la práctica del hurto a pequeña escala. —Metió la mano en el bolsillo y extrajo diez mil francos—. Debe de haberle costado mucho, Ricky. La señorita Lund es una mujer sumamente hermosa. No sé si yo habría sido igual de galante, aun habiendo dinero en juego.

—Supongo que ésa es la diferencia entre usted y yo, Louis.

¡Ilsa Lund! ¿Y sólo hacía dos días que había irrumpido en su vida por segunda vez? Parecía un año. ¿Cómo podía una mujer cambiar el destino de un hombre de forma tan radical, y en tampoco tiempo? En adelante, el deber de Rick consistiría en seguir ese destino, sin parar mientes en a dónde lo llevase.

—De todos modos —prosiguió—, ha tenido usted elegancia suficiente para no arrestarme, pese a que acababa de entregar los salvoconductos al hombre más buscado del Tercer Reich y matado a un oficial de la Gestapo. A estas horas debería estar en la cárcel, preparándome para el pelotón de fusilamiento. ¿A qué se debe un cambio tan repentino? Las cantidades que le he dejado ganar en la ruleta nunca han sido astronómicas.

El hombre bajo, que llevaba con elegancia el uniforme negro de la policía colonial, caminaba con tal ligereza al lado de Rick Blaine que ni siquiera el silencio permitía oír sus pasos. Los años habían enseñado a Louis Renault a hacerse notar lo menos posible.

—No lo sé —contestó—. Quizá se deba a que me cae usted simpático, o a mi antipatía por Heinrich Strasser, que en paz descanse. Quizá sea porque me ha arrebatado los favores de dos preciosas mujeres que precisaban ayuda urgente para obtener visados de salida, y que insisto en recabar la debida compensación. Quizá sea porque ha ganado usted nuestra apuesta, y quiero tener la oportunidad de que me devuelva mi dinero.

—Quizá sea cuestión de tacañería —dijo Rick—. ¿Qué más da? El caso es que ha perdido con todas las de la ley. —Acabó el cigarrillo y tiró al asfalto la colilla encendida, haciendo que saltaran chispas. Miró el cielo, pero hacía tiempo que el avión de Ilsa había desaparecido—. Yo también.

Renault se detuvo en seco y cogió a Rick del brazo.

—Tenía razón: es usted un sentimental empedernido — exclamó—. Sigue enamorado de ella, ¿verdad?

—¿Por qué se mete en lo que no le importa? —replicó Rick.

—¿Yo? Al contrario. Lo que más me importa es el dinero y las mujeres. Otro menos generoso ya se estaría llamando a engaño. Sabía usted desde el principio que esos salvoconductos acabarían en manos de Victor Laszlo y su mujer; y no me sorprendería que ella también lo supiese.

—Ya sabe que con las mujeres es difícil calcular qué saben y qué no —repuso Rick, reanudando la marcha al mismo paso que antes—; aunque todavía es más difícil entender que siempre lo sepan antes que nosotros.

La dirección que seguían los llevaba por lugares cada vez más oscuros.

—¿Me permite que le pregunte adonde vamos? —inquirió Renault. Su complicidad en la muerte del mayor Strasser había sido tan espontánea que sólo llevaba consigo el uniforme y los francos de su cartera. Confió en que su amigo supiera lo que se hacía—. Si queremos llegar a la guarnición de la Francia libre en Brazzaville, más vale que vayamos pensando en secuestrar un vuelo de carga antes de que los alemanes se despierten. El Congo está lejos, a cinco mil kilómetros o más.

Rick frotó contra el asfalto la suela del zapato.

—Olvídese de Brazzaville. Usaremos su dinero en algo mejor.

Escrutó la oscuridad. ¡Ahí estaba! Divisó la vaga silueta de un coche aparcado al final del aeropuerto. Eran Sacha y Sam, en el lugar y el momento justos.

Al distinguir con mayor claridad el Buick 81 C descapotable de Rick, Louis hizo un gesto de conformidad. Se caló el quepis y se alisó el uniforme negro. A juicio de Renault, no era digno de un francés descuidar el aspecto físico; y menos de un francés recién liberado. De un francés libre de verdad.

—Veo que no deja nada al azar. Dígame, ¿tenía previsto matar al mayor Strasser, o ha sido fruto de la improvisación y el genio?

—Digamos que he tenido suerte de que desenfundase primero —contestó Rick, abriendo la puerta trasera del coche y subiendo el asiento.

—No quisiera ser indiscreto, pero ¿dónde aprendió usted a disparar tan bien? ¿Ha participado en alguna batalla?

—Sí, en muchas, en Nueva York.

—¿Verdad que no decía en serio lo de matarme, Ricky?

—No a menos que me obligara a ello. Procuero no matar a demasiados amigos. Alguno siempre cae.

—¿Todo bien, señor Rick? —preguntó Sam con inquietud desde el asiento del conductor.

—De perlas —dijo Rick—; pero date prisa. Tenemos que llegar a Port Lyautey antes de que amanezca.

—Oído, jefe —dijo Sam, pisando el acelerador.

Port Lyautey se hallaba al norte de Rabat, a orillas del río Sebu, a unos trescientos kilómetros de distancia. Fundada por los franceses en 1912, fecha de creación del protectorado, la ciudad constituía un centro importante de comunicaciones, con puerto marítimo en Mchdía, vía férrea y lo más importante: un aeropuerto. Nada ni nadie les impediría seguir hasta Lisboa a Victor Laszlo e Ilsa Lund.

Por desgracia, de esos trescientos kilómetros de carretera no había ni uno en buenas condiciones. En fin, pensó Rick, para eso creó Dios los Buicks y puso su precio por las nubes: el suyo, traído de Estados Unidos e introducido en Casablanca de contrabando, había costado más de dos mil dólares.

Sam Waters pisó el acelerador tan a fondo que Rick y Louis se quedaron pegados al respaldo de piel del asiento, como si fueran en avión. Al lado de Sam, Sacha Yurchenko se echó a reír y acarició la Smith & Wesson del 38 que Rick le había dado hacía un año en concepto de prima.

—¿Quiere que le pegue un tiro, jefe? —vociferó Sacha, el ruso alto que atendía la barra del local de Rick.

A excepción de Yvonne, la novia que había heredado de Rick, Sacha no tenía mucha afición a los franceses; ni a ningún ser humano, a decir verdad, y el sentimiento era recíproco.

—Aún no —dijo Rick—. Puede que más tarde. O nunca. Depende.

—Oooh —dijo Sacha, decepcionado.

Renault dejó de contener el aliento. Había llegado la ocasión de lucir el famoso *savoir faire* de los franceses.

—Un coche bonito es como una mujer guapa, ¿no le parece, Rick? —dijo—. Las líneas, las curvas, el poder oculto debajo del capó... —Renault admiraba los coches americanos; suerte para él, porque hacía tiempo que los fabricantes de coches europeos se dedicaban a la industria de guerra— ¡Tantos visados de salida y tan poco tiempo!

Movió la cabeza con pesar.

—Hablando de visados —dijo Rick—, nos van a hacer falta algunos. ¿Podría echarnos una mano?

—Creo que todavía gozo de cierta autoridad en esta zona —dijo Renault, metiendo la mano en el bolsillo superior de su uniforme. Había aprendido tiempo atrás a llevar siempre encima, bien oculto, un billete válido a lugar seguro—. Aquí están: dos visados de salida.

—Que sean tres.

—¿Tres?

—Uno para mí, otro para usted y otro para Sam.

—Entiendo —dijo Renault. Los contó como si fueran billetes de banco, pero más valiosos—. Sólo falta una firma autorizada; por suerte la mía lo está, al menos de momento.

Estampó su firma y rúbrica por partida triple.

Rick se sacó del bolsillo una petaca de bourbon, bebió un trago y se la pasó a Renault. El menudo francés saboreó el whisky. Rick conocía demasiado a Sam para ofrecerle un

trago. Sam no bebía ni con los clientes ni con Rick. De hecho, tampoco bebía mucho consigo mismo.

—Esperemos que esos garabatos tengan validez hasta mañana por la mañana —dijo Rick.

Dentro del Buick, el aire era caliente y seco. A Renault se le iba pasando la sensación de frío. De todos modos, Marruecos nunca le había gustado demasiado. No lamentaría demasiado abandonar el país.

—Empiezo a entender muchas cosas. Usted y Laszlo conocían el final del guión mucho antes de que cualquiera de los dos empezara a recitar su papel. —Deseó tener tabaco a mano—. ¿Cuándo urdieron el plan?

—Cuando Laszlo estaba en la cárcel, por supuesto. —Rick encendió otro cigarrillo y ofreció uno al capitán—. Después de que lo arrestara usted por asistir a la reunión clandestina. Ya le dije que no podría retenerlo mucho tiempo por cargos de tan poca monta.

—Y me prometió tenderle una trampa con la excusa de entregarle los salvoconductos —intervino Renault.

—A usted el montaje le iba de maravilla —prosiguió Rick—. Seguro que cuando vio entrar a Laszlo e Ilsa en mi café se sintió en el séptimo cielo, porque estaban en el único lugar del mundo donde tenía usted poder de vida y muerte sobre ellos. Le di la oportunidad de pescar a Laszlo y hacerse el héroe delante de Strasser, y cayó usted con todas las de la ley.

—Cierto —admitió Renault—. Pero hay una cosa que no entiendo: ¿Por qué entregó usted los salvoconductos a Laszlo y su mujer? ¿Por qué al final sí ha querido ayudarlo a huir de Casablanca en dirección a Lisboa y América? ¡Usted, siempre tan orgulloso de no jugarse el pellejo por nadie! Tiene que ser por algo más que diez mil francos, una cantidad relativamente modesta.

Rick miró por la ventanilla, aunque no había nada que mirar.

—Podría decirse que me gustaba la idea de cobrar. O que estaba harto de buscar las aguas en Casablanca y no encontrar más que arena. —Chupó con fuerza su Chesterfield y exhaló el humo—. O simplemente que el destino ha acabado por darme alcance.

Rick llevaba la carta de Ilsa en el bolsillo. Sam se la había dado en el café, antes de que su jefe saliera para el aeropuerto y tuviera su encuentro fatal con el mayor Strasser. La carta había estado oculta en el piano de Sam, el mismo lugar donde el propio Rick había escondido los salvoconductos robados que habían permitido la fuga de Laszlo e Ilsa.

Querido Richard:

Si estás leyendo esta carta es que Victor y yo hemos huido juntos.

Pensaba que después de París no volvería a tener que separarme de ti de esta manera, pero aquí estamos, obligados a despedirnos dos veces, una con los labios y otra con el corazón.

Créeme si te digo que cuando hablamos ya había dado a Victor por muerto. No nos preguntamos nada, y en ningún momento dudé que fuera libre de amarte. Hay mujeres que se pasan la vida buscando a un hombre a quien amar. Yo he encontrado dos.

Te escribo sin saber qué sucederá esta noche en el aeropuerto. Como la última vez que nos separamos, no puedo estar segura de que volvamos a vernos; pero a diferencia de entonces sí puedo albergar esperanzas.

Nos alojaremos en el hotel Aviz de Lisboa. Después, ¿quién sabe? Por favor, si puedes venir ven; si no por mí, por Victor. Los dos te necesitamos.

ILSA.

El largo automóvil cortaba la humedad de la noche como un trasatlántico por un mar en calma, acelerando a pesar de los baches. Sam conducía con destreza, la misma

con que tocaba el piano. Más que ver los desvíos los palpaba, como los ciegos cuando leen en Braille. Ya estaban lejos de la ciudad.

—Sacha, por favor, pon la radio —pidió Rick.

Estaba cansado de hablar y tenía ganas de escuchar música antes de que perdieran la señal. Quizá algo de Benny Goodman. Por otro lado, se preguntaba si la noticia de la muerte del mayor Strasser ya habría sido anunciada por radio.

—Cómo no, jefe —dijo Sacha. Acercó a la radio una de sus manazas y dio vueltas al botón del dial hasta sintonizar una emisora—. Sólo hay bla bla bla.

—Pues al menos súbelo para que podamos oírlo —le ordenó Rick.

Pese a sus largas estancias en París y Casablanca, Rick seguía sin dominar el francés, y a veces le costaba entender lo que decían por teléfono o por radio. Si pasaba algo importante ya se lo diría Louis a su tiempo; o Sam, que aprendía idiomas de oído, como había aprendido a tocar el piano.

Renault estaba a punto de hacer un comentario, pero oyó algo que le llamó la atención.

—¡Silencio! —exclamó con un tono que enmudeció a todos.

Sacha subió el volumen. El locutor estaba muy nervioso. Hasta Rick entendió lo que decía, aunque se resistió a creerlo: los japoneses acababan de bombardear Pearl Harbor, en las remotas islas Hawai.

—Problemas, jefe —dijo Sam.

—Ya lo sé —replicó Rick, que intentaba escuchar la radio.

Vio que Sam lo miraba por el retrovisor.

—Quiero decir que tenemos compañía —explicó Sam con calma.

Rick se volvió en su asiento. Se estaban acercando dos faros amarillos.